

dad del bien que los unía; la vuelta era la separación, el adiós cruel.

Poco á poco la cuesta era menos pendiente. El fondo del valle está cubierto de prados, que se extienden hasta el Viorne por un lado, y por el otro se pierden en la falda de una serie de pequeñas colinas. Aquellas praderas, separadas de la carretera por setos vivos, son las de Sainte-Claire.

—Ya—dijo Silverio al llegar á las primeras sábanas de hierba,—llegaremos hasta el puente.

Miette soltó una alegre carcajada; abrazó al joven por el cuello, y lo besó ruidosamente.

El sitio en donde comienzan los setos, la alameda de árboles que bordea el camino, terminaba entonces por dos olmos, gigantes entre los demás. Los terrenos se extienden al nivel de la carretera semejantes á anchas franjas de lana verde, hasta morir en los sauces y chopos de la orilla del río.

Desde los últimos olmos al puente apenas había trescientos metros; pero la enamorada pareja invirtió más de un cuarto de hora en recorrer tan pequeña distancia. Por fin, no obstante su lentitud, llegaron al puente, y allí se detuvieron.

Ante ellos estaba el camino de Niza, remontando la opuesta vertiente del valle y perdiéndose en un recodo que forman las quebraduras del terreno, á medio kilómetro escaso del puente.

Al volverse, vieron el otro extremo de la carretera que acababan de recorrer, el que conduce en línea recta desde Plassans al Viorne. A la clara luz de aquella luna de invierno semejaba una ancha cinta de plata que las filas de olmos bordaban con dos líneas de sombra; á derecha é izquierda, las tierras labradas parecían masas de olas grises cortadas por aquella cinta, por aquel camino blanco de hielo, de brillo metálico;

y en lo alto de la cuesta, algunas ventanas de las casas del arrabal brillaban á la altura del horizonte, semejantes á estrellas vivas.

Paso á paso, Miette y Silverio se habían alejado una legua. Tendieron la vista sobre el camino recorrido, y, llenos de muda admiración, contemplaron aquel vasto anfiteatro que subía hasta juntarse con el cielo, y sobre el cual enormes manchas de claridad parecían despeñarse como una cascada gigantesca. Aquella extraña decoración, aquella apoteosis colosal alzábase en medio de una inmovilidad y un silencio de muerte. Nada tan soberanamente gradioso.

Después los jóvenes miraron á sus pies. Por debajo del pretil del puente sobre el cual estaban apoyados, el Viorne, engrosado por las lluvias, pasaba mugiendo. Arriba y abajo, en medio de las tinieblas que se agolpaban en las quebraduras, distinguíanse las dos hileras de árboles plantados en las orillas; acá y acullá un rayo de luz, filtrándose por entre las ramas, rielaba sobre el agua como una línea de estaño derretido, semejante al reflejo de un rayo de sol sobre las escamas de una bestia viva; aquellos resplandores corrían misteriosos á lo largo del pardo cauce del torrente, entre los vagos fantasmas del follaje. Parecía un valle encantado, un mágico retiro donde vivía una vida extraña todo un pueblo de sombras y claridades.

Los enamorados conocían muy bien aquella parte del río: en las cálidas noches del verano, habían muchas veces bajado á sentarse junto á la corriente para disfrutar un poco de fresco; ocultos entre el ramaje de los sauces de la orilla derecha, habían pasado largas horas en el sitio en que el prado de Sainte-Claire desarrolla su tapiz de césped hasta el borde del agua. Acordá-

banse de los numerosos repliegues de la ribera, de las piedras que era preciso saltar para pasar el Viorne, estrecho á la sazón como un hilo; hon-donadas sombrías donde habían acariciado sue-ños de ternura. Por eso Miette contemplaba con tanta envidia la margen querida desde lo alto del puente.

—Si no hiciera tanto frío—suspiró,—bajaríamos á descansar un poco antes de empezar á subir la cuesta.—Y después de un instante de silencio, siempre con los ojos fijos en la orilla del Viorne, prosiguió:—Mira, Silverio; ¿ves aquel bulto negro delante de la esclusa? ¿Te acuerdas? Es el montecillo donde estuvimos sentados el día del Corpus.

—¡Es verdad!—repuso Silverio en voz baja.

Allí fué donde por vez primera habían osado besarse en las mejillas. Aquel recuerdo, evocado por la niña, despertó en los dos una sensación deliciosa, una emoción en la cual se mezclaban las alegrías de la víspera y las esperanzas del mañana; y vieron como á la luz de un relámpago aquellas veladas deliciosas, sobre todo la del Corpus, de la cual no habían olvidado ni un detalle, ni el tibio ambiente que los envolvía, ni la fresca humedad del Viorne, ni las acariciadoras pala-bras de su conversación. Al propio tiempo, y en tanto que las cosas del pasado llenaban sus co-razones de suave dulzura, se imaginaron penetrar en los arcanos del porvenir; veíanse la una apo-yada en el brazo del otro habiendo ya realizado su ensueño, paseándose por la calle, como lo ha-cían entonces por la carretera abrigados por el mismo manto.

De nuevo se extasiaron en muda contempla-ción, y fijos los ojos del uno en los del otro sonreían perdidos en medio de mudas claridades. De pronto Silverio alzó la cabeza; se desembra-

zó del manto, y escuchó. Miette, sobresaltada, le imitó, sin darse cuenta de la súbita actitud de su amado.

Hacía un instante que por los desmontes entre los cuales se pierde el camino de Niza, percibía-se un ruido confuso parecido al traqueteo de un convoy de carretas. El Viorne cubría con su mur-mullo aquel ruido, indistinto todavía, pero que poco á poco se acentuó semejando el rumor de pasos de un ejército en marcha. Después distin-guióse, en aquel rodar continuo y creciente el rum rum de la muchedumbre, extraños ecos de huracán cadenciosos y rítmicos; parecían el fra-gor de una tormenta que se acercaba rápidamen-te, turbando ya con su proximidad el airu ador-mecido. Silverio escuchaba, pero no podía darse cuenta de dónde procedía el rumor aquel, apa-gado entre los desmntes.

De pronto apareció una masa negra en medio del camino; *La Marsellesa*, cantada con vengati-va furia, estalló formidable.

—¡Ellos son!...—exclamó Silverio en un arran-que de entusiasta alegría.

Y echó á correr por la cuesta, arrastrando á Miette. Había á la izquierda del camino un talud plantado de encinas verdes, al cual trepó con la joven para no ser arrastrado por la ola rugiente de la muchedumbre.

Desde allí, entre la sombra del follaje, la joven, un poco pálida, miró tristemente á aquellos hom-bres, cuyos cantos lejanos habían bastado para arrancar á Silverio de sus brazos. Parecióle que la banda en masa se interponía entre ellos. ¡Eran tan dichosos hacía pocos instantes, solos, estre-chamente unidos, envueltos por el silencio y las discretas claridades de la luna! Y ahora Silverio, vuelta la cabeza, ni aun parecía darse cuenta de

que ella estaba allí, ni tenía ojos más que para aquellos desconocidos, que llamaba hermanos.

La banda bajaba con un ímpetu soberbio, irresistible. Nada más terriblemente grandioso que la invasión de aquellos millares de hombres en la calma muerta y helada del horizonte. El camino, convertido en torrente, arrastraba olas y olas que parecían no deber agotarse; á cada paso en las revueltas del camino aparecían masas negras cuyos cantos engrosaban más y más la voz potente de aquella tempestad humana. Cuando aparecieron los postreros batallones, resonó un estallido ensordecedor. *La Marsellesa* llenó los ámbitos, como lanzada por soplos de gigantes monstruosas trompetas que la arrojasen vibradora con las asperezas del metal á todos los rincones del valle. La adormecida campiña se despertó sobresaltada, se estremeció entera como un tambor golpeado por las baquetas, y resonó hasta en sus entrañas, repitiendo con todos sus ecos las notas ardientes del canto nacional. Entonces no fué ya sólo la banda la que cantó: de los extremos del horizonte, de las rocas lejanas, de las tierras labradas, de las praderas, de los grupos de árboles, de las más pequeñas matas, pareció que salían voces humanas: el ancho anfiteatro que sube desde el río á Plassans, y la colosal cascada sobre la cual corrían los azulados rayos de la luna, parecían invadidos por un pueblo de fantásticos é invisibles seres que aclamaban á los insurrectos; y en el fondo de los hoyos del Viorne, á lo largo de la corriente de misteriosos reflejos de estaño derretido, no había un punto obscuro en que no pareciese que hombres ocultos repetían cada estrofa con más alta voz. La campiña, estremecida en el aire y en el suelo, gritaba venganza y libertad. Mientras el pequeño ejército bajaba la cuesta, el popular rugido ro-

ba en ondas sonoras, interrumpidas por bruscas sacudidas, haciendo trepidar hasta las piedras del camino.

Silverio, pálido de emoción, era todo ojos y todo oídos. Las primeras filas de insurrectos arrastraban en pos de sí aquella extensa masa negra y mugidora y monstruosamente indistinta en la sombra, que con paso rápido se acercaba al puente.

—Yo creí que no teníais que pasar por Plassans—murmuró Miette.

—Habrán modificado el plan de campaña—repuso Silverio.—Debíamos llegar á la capital por el camino de Tolón, dejando á la izquierda á Plassans y Orchères. Sin duda salieron de Alboise al mediodía, pasando por Tulettes al obscurecer.

En esto llegó á donde estaban los jóvenes la cabeza de la columna. Reinaba en el pequeño ejército más orden y disciplina que era de esperar en una banda de hombres sin organización militar. Los contingentes que habían suministrado cada ciudad ó cada pueblo formaban batallones distintos que marchaban á alguna distancia los unos de los otros; estos batallones parecía que tenían sus jefes. Por lo demás, el impulso que en aquel momento los precipitaba en la pendiente de la cuesta hacía de ellos una masa compacta, sólida, poderosa, invencible; podrían ser unos tres mil hombres, unidos y arrastrados en masa por un viento de cólera. En la sombra que proyectaban los altos ribazos de la carretera no se distinguían bien los detalles extraños de esta escena; pero á cinco ó seis pasos del matorral donde Miette y Silverio se habían escondido, el terraplén de la izquierda estaba cortado para dar paso á una senda que seguía á lo largo del Viorne, y

la luna, á través de aquella abertura, dibujaba sobre la carretera una ancha faja luminosa.

Cuando los primeros insurrectos entraron en aquella claridad, viéronse súbitamente iluminados por una luz cuya aguda blancura recortaba con singular pureza los menores detalles de las caras y los trajes. A medida que desfilaban, los jóvenes pudieron verlos cara á cara, feroces, renaciendo sin cesar, surgiendo bruscamente de las tinieblas. Al aparecer los primeros, Miette, por un movimiento instintivo, por más que estaba en seguridad y hasta al abrigo de las miradas, se estrechó contra el pecho de Silverio, pasándole el brazo por el cuello y apoyando la cabeza en su hombro. Con el rostro orlado por la capucha del manto, pálida, erguida, fijaba los ojos con miedo en aquel cuadro luminoso por el cual atravesaban rápidamente aquellos hombres transfigurados por el entusiasmo, la boca abierta y negra, llena completamente del grito vengador de *La Marsellesa*. Silverio, á quien sentía estremecerse á su lado, se inclinó á su oído para irle nombrando los diversos contingentes á medida que se presentaban.

La columna marchaba de ocho en fondo. A la cabeza iban una porción de buenos mozos, de cabezas cuadradas, que parecían dotados de fuerzas hercúleas y de una sencillez de gigantes. La república debía encontrar en ellos ciegos é intrépidos defensores. Traían al hombro afiladas hachas, que relucían heridas por los rayos de la luna.

—¡Son los carboneros de los montes de la Selve!—dijo Silverio,—forman el cuerpo de zapadores. Si sus jefes se lo mandan, capaces son de llegar hasta París echando abajo las puertas de las ciudades á hachazos, ni más ni menos que si fueran encinas de la montaña.

El joven hablaba orgullosamente de la fuerza de los puños de sus hermanos. Viendo pasar un grupo de obreros y de campesinos con luengas barbas y rostros atezados por el sol, prosiguió:

—Estos son los de Palud; es el primer arrabal que se ha sublevado. Los de blusas son los obreros de la fábrica de corcho, y los otros, los que llevan trajes de pana verde, cazadores y carboneros de las gargantas del Seille. Los cazadores conocieron á tu padre, Miette; tienen buenas armas, y las manejan maravillosamente... ¡Ah! ¡Si todos estuvieran armados como ellos! Pero nos faltan fusiles. Mira, mira los obreros: no llevan más que palos.

Miette, miraba, escuchaba muda. Cuando Silverio nombró á su padre, la sangre coloreó sus mejillas.

Encendido el semblante, examinó á los cazadores con aire de cólera y de extraña simpatía. A partir de aquel momento, pareció poco á poco animarse con los estremecimientos de la fiebre que los cantos de los insurrectos le producían.

La columna, que de nuevo había comenzado la primera estrofa de *La Marsellesa*, bajaba la cuesta como azotada por el áspero soplo del mistral. A los de Palud seguía otra turba de obreros, entre la cual se veía gran número de burgueses con paletó.

—Ahí están los de Saint-Martin de Vault—prosiguió Silverio.—Este pueblo se ha levantado casi al mismo tiempo que Palud; los patronos se han unido á los obreros; hay entre ellos gente muy rica, Miette; gente que podía vivir muy tranquila en su casa, y que va á jugarse la vida en defensa de la libertad. Hay que amar á esos ricos. Pero, mira, también les faltan armas; sólo tienen alguna que otra escopeta. ¿Ves esos que llevan una cinta roja al brazo? Son los jefes.

Pero Silverio hablaba más despacio que pasaba la gente; aún se refería á los de Saint-Martín de Vault, cuando ya habían llegado otros dos batallones.

—¿Has visto?—preguntó.—Los insurrectos de Alboise y de Tulettes acaban de pasar; he reconocido á Burgat el forjador. Hoy mismo deben haberse reunido con los sublevados. ¡Cómo corren!...

Miette se inclinaba hacia adelante para seguir más tiempo con la mirada los grupos que le indicaba el joven; el escalofrío que se apoderaba de ella le subía al pecho y se apoderaba de su garganta. En aquel momento apareció un batallón más numeroso y disciplinado que los otros; los que lo formaban traían casi todos blusas azules y un cinturón rojo; parecían uniformados, y en medio de ellos iba uno á caballo, con un sable á la cintura. La mayor parte traía carabinas, tercerolas ó antiguos fusiles de la guardia nacional.

—A éstos no los conozco—dijo Silverio.—El de á caballo debe ser el jefe de quien me hablan. El ha sublevado á los de Faverolles y las aldeas vecinas. ¡Si toda la columna estuviera tan bien equipada!

No tuvo tiempo de tomar aliento, porque apareció otro grupo muy pequeño.

—¡Ah! ¡He aquí los campesinos!

Detrás de los de Faverolles avanzaban pequeños grupos de diez á veinte hombres lo más, con trajes de campesinos del Mediodía. Cantaban blandiendo hoces y bieldos; algunos no llevaban más que palos y layas. Hasta las chozas habían enviado todos sus hombres útiles. Silverio, que distinguía los grupos por sus jefes, los nombraba con voz febril.

—Los de Chavanoz—dijo:—sólo hay ocho, pe-

ro fuertes y vigorosos; el tío Antonio los conoce. He aquí los de Nazères; aquéllos son los de Pujols. ¡Todos están!... ¡Ni uno ha faltado al llamamiento! ¡Los de Valqueyra! ¡Mira! ¡Mira! Hasta el señor cura es de la partida; me han hablado de él... Es un buen republicano.

Hablando así, se embriagaba. Como cada batallón no contaba más que con algunos insurrectos, tenía que nombrarlo á la carrera y esta precipitación le daba aire de loco.

—¡Ah, Miette! ¡Qué hermoso desfile!—prosiguió Silverio.—¡Rozan! ¡Vernoux! ¡Corbière! ¡Todavía más! ¡Ya verás! Aquellos no tienen más que hoces, pero segarán la tropa tan rasa como la hierba de sus prados! ¡Saint-Eutrope! ¡Mazet! ¡Los Gardes! ¡Marsanne! Toda la vertiente Norte del Seille! ¡Venceremos! ¡Todo el país está con nosotros! Mira los brazos de esos hombres; son duros y negros como el hierro. Esto no se acaba. ¡Mira los de Pruinas, los de Roches-Noires! Estos últimos son todos contrabandistas; por eso llevan carabinas... ¡Hoces y horquillas aún! Continúan los campesinos. Castel-le-Vieux, Sainte-Anne, Graille, Estourmel, Murdaran...

Y con voz ahogada por la emoción, acabó de enumerar aquellos grupos de hombres que pasaban como si un torbellino los arrebatara. Con el tallo erguido y el semblante echando fuego, señalaba con actitud nerviosa á los sublevados. Miette miraba con profunda atención; sentíase atraída hacia el fondo del camino como por la profundidad de un precipicio, y para no resbalar á lo largo de la pendiente, se aferraba al cuello de Silverio. De aquella multitud embriagada se desprendía una especie de efluvio entusiasta que infundía valor y fe; aquellos seres entrevistos en un rayo de luna, aquellos adolescentes, aquellos hombres maduros y aquellos ancianos, blandiendo ar-

30796

mas extrañas, vestidos con trajes tan distintos, llevando unos la blusa distintiva del obrero y otros el gabán del burgués; aquellas filas interminables de cabezas, á las que la hora y las circunstancias daban aspecto de máscaras rebosando energía y entusiasmo fanático, aparecían á lo lejos á los ojos de la joven con una impetuosidad vertiginosa de torrente. En ciertos momentos le parecía que ya no marchaban, que estaban detenidos por la misma *Marsellesa*, aquel canto ronco de sonoridades formidables. No podía entender la letra; sólo escuchaba un rugido continuo que iba desde las notas graves á las vibrantes, agudas como espigas que hubiesen clavado á empujones en su carne. Aquel rugido de sedición, aquel requerimiento al combate y á la muerte, aquellas sacudidas de cólera, aquellos abrasadores deseos de libertad, aquella asombrosa mezcla de matanza é impulsos sublimes, hiriéndola sin tregua en el corazón, y más profundamente á cada brutalidad del ritmo, le producían una de esas angustias voluptuosas de virgen mártir irguiéndose sonriente bajo el azote. ¡Y siempre la multitud continuaba envuelta en la vida sonora! El desfile, que apenas duró unos minutos, pareció á los jóvenes que no iba á acabar nunca.

Miette era una niña. Palideció al aproximarse la banda, y lloró por sus ternuras desvanecidas; pero era una niña valerosa, una naturaleza ardiente que con facilidad se dejaba arrebatarse por el entusiasmo; por eso la emoción se apoderó de ella por entero. Convirtiéndose en un muchacho; de buena gana hubiera tomado un arma y seguido á los revoltosos. A medida que iban desfilando los fusiles y las hoces, sus blancos dientes aparecían más blancos, más largos y más agudos entre sus frescos labios, semejantes á los colmillos de un lobezno ansioso de morder; y cuando oyó á Sil-

verio designar una por una las procedencias de las facciones, creyó que el impulso de la columna se aceleraba más á cada palabra del joven. Bien pronto le pareció que aquello era una tromba, una polvareda de hombres barrida por la tempestad. Todo giraba en torno suyo; cerró los ojos, y gruesas y abrasadoras lágrimas corrieron por sus mejillas.

A su vez Silverio sentía que el llanto temblaba en el borde de sus pestañas.—No veo á los hermanos que salieron de Plassans al mediodía—murmuró; y procuró alcanzar con la vista el extremo de la columna, que aún se perdía en la obscuridad. Después gritó con triunfante alegría: —¡Ah! ¡Míralos! ¡Traen la bandera! ¡Les han confiado la bandera!

Entonces quiso saltar del terraplén para juntarse con sus compañeros, pero en aquel momento los insurgentes se pararon; corrieron órdenes á lo largo de las columnas, *La Marsellesa* se extinguió en un postrer rugido, y no se oyó más que el murmullo confuso de la multitud que aún vibraba entero. Silverio oyó la orden que los grupos se transmitían llamando á las gentes de Plassans á la cabeza de la columna. Al ver que los batallones se estrechaban para dejar pasar la bandera, Silverio arrastró á Miette, diciéndole:

—Ven, anda; llegaremos antes que ellos al otro lado del puente.

Cuando llegaron á lo alto, corrieron á través de las tierras labradas, hacia el molino, cuya presa interceptaba el río; atravesáronle sobre una tabla que los molineros habían tendido sobre él, cruzaron diagonalmente los prados de Sainte-Clairre, siempre cogidos de la mano, corriendo sin cesar y sin pronunciar palabra. La columna dibujaba sobre el camino una línea sombría, que siguieron á lo largo de los setos; había algunos

claros en los espinos y por uno de ellos salieron á la carretera Silverio y Miette. A pesar del gran rodeo que acababan de dar, llegaron al mismo tiempo que la gente de Plassans. Silverio cambió algunos apretones de manos. Debieron creer que, sabiendo el nuevo camino de los insurrectos, había salido á su encuentro.

Miette, cuyo rostro estaba medio envuelto en el capuchón, era objeto de la general curiosidad.

—¡Calla! ¡Es la Chantegreil!—dijo uno del arrabal;—¡la sobrina de Rebufat, el arrendador de Jas-Meiffren!

—¿De dónde sales, corretona?—exclamó otro.

Silverio, ebrio de entusiasmo, no había pensado en las chanzonetas á que daría margen la presencia de Miette entre los obreros. Esta, confusa, le miraba como implorando protección y socorro; pero antes de que pudiera abrir los labios, salió una voz de un grupo diciendo brutalmente:

—Su padre está en presidio, y no queremos entre nosotros la hija de un ladrón y un asesino.

Miette palideció horriblemente:

—¡Mentís!—murmuró.—Si mi padre ha matado, no ha robado.—Y como Silverio cerrara los puños más pálido y tembloroso que ella, prosiguió:—Deja. Esto es cuenta mía.—Y volviéndose hacia el grupo, repitió con ímpetu:—¡Mentís! ¡mentís! Mi padre jamás robó un céntimo. Todos lo sabéis, ¡cobardes! ¿Por qué lo insultáis cuando no está aquí?

Habíase erguido soberbia de cólera. Su naturaleza ardiente y medio salvaje aceptaba con calma la acusación de asesinato, pero ante la de robo se exasperaba. Todos lo sabían, y por eso la multitud se lo echaba frecuentemente en cara por malevolencia bestial.

El hombre que acababa de llamar á su padre ladrón, no había hecho más que repetir lo que se venía diciendo desde hacía algunos años. Ante la actitud violenta de la niña, los obreros comenzaron á bromear; Silverio seguía apretando los puños. Iba la cuestión tomando mal aspecto, cuando un cazador del Seille, que se había sentado encima de un montón de piedras al borde del camino esperando que de nuevo le dieran orden de marchar, acudió en socorro de la niña.

—Tiene razón la chica—dijo.—Chantegreil era uno de los nuestros; yo le conocí. Nunca se ha visto claro en el asunto; yo siempre creí sus declaraciones ante los jueces. El gendarme que mató de un tiro lo tenía ya encañonado á su vez. ¿Qué queréis? Uno se defiende. Pero Chantegreil era un hombre honrado, incapaz de robar.

Como sucede siempre en tales ocasiones, bastó el testimonio de este cazador para que Miette encontrara defensores; varios obreros pretendieron también haber conocido á Chantegreil.

—¡Sí, sí, es verdad!—dijeron.—No era un ladrón. Hay en Plassans canallas que debían estar en presidio con más razón que él. Chantegreil era nuestro hermano. ¡Vamos, cálmate, pequeña!

Nunca Miette había oído hablar bien de su padre; tratábanle delante de ella de pillo y de bandido, y ahora encontraba buenos corazones que tenían para él palabras de perdón y lo declaraban hombre honrado. Rompió á llorar y á sentir la emoción que *La Marsellesa* le había producido. Buscaba manera de manifestar su gratitud á aquellos hombres tiernos con los desgraciados. Hubo un momento en que se le ocurrió la idea de estrechar la mano de todos, como si fuera un muchacho; pero su corazón encontró algo mejor. Junto á ella estaba el que llevaba la ban-

dera; tocó el asta y, en muestra de gratitud, dijo con voz suplicante:

—¡Dádmela! yo la llevaré.

Los obreros, de suyo sencillos, comprendieron el alcance de aquella sublime manera de dar las gracias.

—¡Eso es! ¡La Chantegreil llevará la bandera!

Un carbonero hizo notar que se cansaría pronto, y no podría seguirles; pero ella, alzándose las mangas, y descubriendo sus redondos brazos, tan robustos como los de una mujer ya hecha, exclamó:—No, no temáis; soy más fuerte de lo que os figuráis...—Y viendo que le ofrecían la bandera, exclamó:—Esperad.

Quitóse el abrigo, se lo puso del revés enseñando el forro rojo, y apareció entonces, á la pálida luz de la luna, cubierta con un ancho manto de púrpura que le llegaba hasta los pies. La capucha, detenida sobre el moño, parecía un gorro frigio. Tomó la bandera, apretóla contra su pecho, y quedó envuelta en los pliegues de aquella sangrienta enseña que flotaba tras ella. Su hermosa cabeza de niño exaltado, con sus cabellos crespos, sus grandes ojos húmedos, y entreabiertos los labios por una sonrisa, tuvo una expresión de enérgica fiereza levantándose hacia el cielo. En aquel momento fué la virgen Libertad.

Los insurrectos la aclamaron. Aquellos meridionales de imaginación viva, estaban conmovidos y entusiasmados por la brusca aparición de aquella niña completamente roja que apretaba nerviosamente contra su seno la bandera. Muchos gritos partieron del grupo:—¡Bravo por la Chantegreil!—¡Viva la Chantegreil! ¡Se quedará con nosotros y nos traerá la buena suerte!

Hubiéranla aclamado más aún si la orden de ponerse en marcha no hubiera llegado. Mientras las filas se ordenaban, Miette apretó la mano de

Silverio, que se había colocado junto á ella, y le dijo al oído:

—¿Oyes? Me quedo contigo. ¿Quieres tú?

Por toda respuesta, el joven le devolvió su apretón de mano. Aceptaba profundamente conmovido; veíase, por otra parte, imposibilitado de resistir al entusiasmo de sus compañeros. ¡Habíale parecido Miette tan hermosa, tan grande, tan santa!... Mientras subieron la cuesta, vióla ante sí radiante de gloria purpúrea. Ahora confundíala con su otra querida: la República. Hubiera querido haber llegado ya y tener su fusil sobre el hombro; pero los insurrectos subían lentamente; se había dado orden de hacer el menor ruido posible.

La columna avanzaba entre dos hileras de árboles semejante á una serpiente gigantesca, de la que cada anillo tuviese estremecimientos extraños. La helada noche de Diciembre había recobrado su silencio, y únicamente el Viorne parecía mugir con voz más alta.

Al llegar á las primeras casas del arrabal, Silverio se adelantó para recoger su fusil al campo de Saint-Mittre, que volvió á encontrar dormido á la luz de la luna. Delante de la Puerta de Roma alcanzó á la columna. Miette se inclinó hacia él, y le dijo con su sonrisa de niña:

—Me parece que estoy en la procesión del *Corpus* y que llevo el estandarte de la Virgen.

## II

Plassans es una subprefectura de cerca de diez mil almas. Construída sobre la meseta que domina el Viorne, adosada por el Norte á las colinas de Garrigues, una de las últimas estribaciones de los Alpes, la ciudad parece encerrada en un callejón sin salida.



El año 1851 no tenía otros medios de comunicación con el resto del país, que dos carreteras: la de Niza, que desciende por el Este, y la de Lyon, que sube por el Oeste, formando dos líneas casi paralelas. Desde aquella época se ha construído un camino de hierro que pasa por el Sur de la ciudad, más abajo de la cuesta que va desde las antiguas fortificaciones hasta el río. Hoy, cuando se sale de la estación, situada sobre la ribera derecha del pequeño torrente, basta levantar la cabeza para distinguir las primeras casas de Plassans, cuyos jardines forman una especie de terraza; pero es menester subir más de un cuarto de legua para llegar á las casas.

Hace veinte años, debido sin duda á la falta de comunicaciones, ninguna ciudad había conservado mejor el carácter devoto y aristocrático de las antiguas ciudades provenzales. Tenía, y aún subsiste, un barrio de grandes casas de las épocas de Luis XIV y Luis XV, una docena de iglesias, varias casas de jesuitas y capuchinos, y un número considerable de conventos. La distinción de clases subsistió mucho tiempo por la división de los barrios. Plassans cuenta tres, formando cada uno una ciudad completa, con sus iglesias, sus paseos, sus costumbres y sus aspiraciones. El barrio de los nobles, que llaman de Saint-Marc por ser esta la advocación de la parroquia, es un pequeño Versailles de calles tiradas á cordel, llenas de hierbas, cuyas casas cuadradas ocultaban magníficos jardines: este barrio se extiende al Sur sobre el borde de la meseta, y algunos hoteles, construídos al nivel de la cuesta, tienen dobles terrazas desde las que se descubre todo el valle del Viorne, admirable punto de vista muy alabado en el país. El barrio viejo, la antigua ciudad, extiende al Noroeste sus callejuelas estrechas y tortuosas, bordeadas por ruinosos paredos

nes; allí están el ayuntamiento, el tribunal civil, el mercado y el cuartel de la gendarmería: es la parte de Plassans más populosa, y está ocupada por obreros y traginantes, por todo el pueblo bajo y miserable. La parte nueva, en fin, forma una especie de cuadrilátero al Noroeste: los burgueses, los que han hecho céntimo sobre céntimo una fortuna, y todos aquellos que ejercen una profesión liberal, habitan en ella en casas alineadas y con las fachadas pintadas de amarillo claro. Este barrio, que embelleció la subprefectura, feo edificio de yeso adornado de rosetones, apenas contaba cinco ó seis calles en 1851; es de edificación muy reciente, y su engrandecimiento arranca de la construcción del camino de hierro.

La razón de que aún en nuestros tiempos subsista la separación de tres independientes y distintas clases, procede de que cada barrio está aislado de los otros por grandes calles. La avenida Sauvaire y la calle de Roma, que son una especie de prolongación una de otra, se extienden de Oeste á Este desde la Grand-Porte á la Puerta de Roma, y cortan la ciudad en dos mitades, dejando á un lado el barrio aristocrático y al otro los otros dos. Estos, á su vez, están separados por la calle de la Banne, la más hermosa de la ciudad, que nace en el extremo de la avenida Sauvaire y sube hacia el Norte, dejando á la izquierda las negras viviendas de los antiguos barrios, y á la derecha las amarillas de los nuevos. Hacia el centro de esta calle, y en medio de una plazoleta adornada por árboles raquíuticos, se halla la subprefectura, monumento del que están muy orgullosos los burgueses de Plassans.

Como para aislarse más y encerrarse mejor en sí misma, la ciudad está rodeada de un cinturón de antiguas fortificaciones, que sólo sirven hoy

LIBRARY OF THE  
"ALFONSO MEXER"  
Insto. José MONTEALEZ, MEXICO

para hacerla más negra y más estrecha. Estas murallas, que podrían destruirse á tiros de fusil corroídas por la hiedra y coronadas de girasoles salvajes, tienen próximamente la altura y el espesor de los muros de un convento. En varios sitios están abiertas por salidas, de las cuales son las principales la puerta de Roma sobre el camino de Niza, y la Grand-Porte, que da acceso al de Lyon, al otro extremo de la ciudad. Hasta 1853, estas puertas tuvieron gruesas hojas de madera chapeadas de hierro, que á las once de la noche en verano y á las diez en invierno, se cerraban con llave. La población, después de quedar así guardada como una joven miedosa, dormía tranquila. Un guarda que habitaba en una garita colocada junto al ángulo interior de cada puerta era el encargado de abrir á las personas que se retardaban, pero era preciso parlamentar largo tiempo. El guarda no dejaba pasar á nadie sin haberle visto la cara, iluminándosela con una linterna á través de un ventanillo, y bastaba la menor sospecha para que el retrasado tuviera que dormir fuera.

En este afán de encerrarse se revelaba el carácter de la ciudad, compuesto de poltronería, egoísmo, rutina, odio á lo de fuera y deseo religioso por la vida claustral. Después de corridos los cerrojos, pensaba todo Plassans: «Estamos en nuestra casa», con la fruición de un burgués de voto que, sin temor por su caja y seguro de no ser despertado por ningún alboroto, reza sus oraciones y se mete en la cama. Creo que no hay otra ciudad más aferrada á encerrarse como una monja.

La población de Plassans se divide en tres pequeños grupos; tantos barrios, tantos pequeños mundos aparte; pero en ellos no hay que incluir á los empleados del gobierno, al subprefecto, al

recaudador particular, al registrador de hipotecas, al administrador de Correos y otros funcionarios extraños á la comarca, poco estimados y muy envidiados, y que viven á su manera. Los verdaderos habitantes, los que allí han nacido y están firmemente resueltos á morir allí, respetan demasiado los usos heredados y las demarcaciones establecidas, para invadir el círculo que no les es propio.

Los nobles viven en perpetua clausura. Desde la caída de Carlos X apenas salen, y se apresuran á volver á sus grandes palacios silenciosos, marchando furtivamente como en un país enemigo; no visitan á nadie, y ni aun ellos mismos se tratan; sólo algunos curas frecuentan aquellos salones. En verano habitan los castillos que poseen en los alrededores, y en invierno pasan el tiempo al lado de la chimenea; son muertos aburriéndose en vida: así es que su barrio tiene la pesada calma de un cementerio. Las puertas y las ventanas están cerradas á piedra y lodo; diríase que es una fila de conventos extraños á todos los ruidos del exterior. De cuando en cuando se ve pasar un cura cuyo discreto andar añade un silencio más al de las casas cerradas, y desaparece como una sombra por una puerta entreabierta.

La burguesía, los comerciantes retirados, los abogados, los escribanos, todo aquel pequeño círculo bien acomodado y ambicioso que puebla la parte nueva de la ciudad, trata en vano de dar algo de vida á Plassans; frecuentan las reuniones de casa del subprefecto, y sueñan con dar reuniones semejantes. De buen grado se procuran popularidad, llaman á los obreros ¡mi bravo!, hablan de la cosecha á los campesinos, leen los periódicos y se pasean el domingo con la señora. Son los espíritus fuertes de la comarca, los úni-

cos que se permiten reirse hablando de las fortificaciones; han llegado hasta á reclamar varias veces de la municipalidad la demolición de aquellos muros, «vestigios de otra edad»; por lo demás, los que entre ellos se tienen por más escépticos, experimentan una violenta conmoción de alegría cada vez que un marqués ó conde se digna honrarles con un ligero saludo. El sueño dorado de cualquier burgués de la ciudad nueva es ser recibido en un salón del barrio Saint-Marc; saben bien hasta qué punto es irrealizable su ensueño y desquítanse presumiendo de librepensadores, aunque lo son nada más que de palabra, porque al menor asomo de conmoción popular ya están buscando amparo en la autoridad, y echándose en brazos del primer salvador que se presenta.

El grupo que trabaja y vegeta en el antiguo barrio no es tan concreto en su formación; el pueblo y los obreros constituyen mayoría en él, pero también figuran algunos traficantes al por menor y hasta algunos comerciantes en grande. Verdaderamente Plassans está muy lejos de ser un centro comercial; se trafica lo preciso para desembarazarse de los productos del país: el aceite, el vino y la almendra. La industria sólo está representada por tres ó cuatro tenerías que infectan una calle del barrio viejo, varias manufacturas de sombreros de fieltro y una fábrica de jabón, relegada á un rincón del arrabal; este pequeño círculo industrial, frecuente el trato de los burgueses en las grandes festividades; pero de ordinario vive entre los trabajadores de la parte vieja. Comerciantes grandes y chicos y obreros tienen intereses comunes que los unen en una sola familia; únicamente los domingos los amos se lavan las manos y forman rancho aparte. La población, que constituye la tercera parte de

vecindario, se pierde entre los desocupados del país.

Sólo una vez por semana, cuando hace buen tiempo, se encuentran reunidos los tres barrios de Plassans. El domingo, después de vísperas, la población entera se dirige á la avenida Sauvaire; hasta los mismos nobles se arriesgan á ir á ella, pero sobre aquella especie de «boulevard», plantado de dos filas de plátanos, se establecen tres corrientes bien distintas. Los burgueses del barrio moderno no hacen más que pasar: salen por la Grand-Porte y toman por la derecha la avenida del Mail, por la que van y vienen hasta que empieza á obscurecer; entretanto, la aristocracia y el pueblo comparten el «boulevard». Hace más de un siglo la nobleza escogió para pasear la acera del Sur, que está bordeada de una fila de grandes hoteles, y es la primera de la que el sol se retira; el pueblo, á su vez, se contenta con la otra, la del Norte, en la que están los cafés, las fondas y los estancos; y toda la tarde, pueblo y nobleza se pasean subiendo y bajando, sin que jamás á un verdadero noble se le ocurra cambiar de acera; seis ó siete metros los separan y permanecen á mil leguas los unos de los otros, siguiendo escrupulosamente dos líneas paralelas, como si nunca debieran encontrarse en este bajo mundo. Este paseo reglamentario del domingo y las vueltas de la llave dadas por la noche en las puertas de la ciudad, son dos hechos suficientes para juzgar las diez mil almas que la habitan.

Pedro Rougon era hijo de un labrador. La familia de su madre, los Fouque, como se les llamaba, poseía á fines del siglo pasado una extensa propiedad situada en el arrabal, detrás del antiguo cementerio de Saint-Mittre; más adelante, este terreno fué incorporado al Jas-Meiffren. Los Fouque eran los labradores más ricos del contorno;

surtían de hortalizas á todo un barrio de Plassans. El nombre de esta familia se extinguió algunos años antes de la revolución; sólo sobrevivió una hija, Adelaida, nacida en 1768, y que quedó huérfana á los dieciocho años. Aquella joven, cuyo padre murió loco, era muy alta, delgada, pálida, de mirar extraviado y singulares ademanes, que, mientras fué niña, pudieron atribuirse á su carácter áspero y huraño; pero que á medida que fué creciendo, hízose más rara todavía. Realizó ciertos actos que los más prudentes y avisados del barrio no supieron explicarse, y comenzó á correr la voz de que tenía el cerebro huero como su padre. Estaba sola en el mundo seis meses hacía, y dueña de un patrimonio que representaba un gran partido, cuando se supo su matrimonio con un muchacho jardinero nombrado, campesino poco desbastado venido de los Alpes bajos. Este Rougon entró al servicio del último Fouque, y después de la muerte de éste, quedóse al servicio de la hija. De jornalero pasó bruscamente á marido. Este matrimonio fué el primer asombro de la opinión; nadie se explicaba por qué Adelaida prefería un pobre diablo, brutal, ordinario, que apenas sabía hablar francés, al sinnúmero de mozos, hijos de buenas casas del país, que hacía largo tiempo la rondaban; y como en provincias nada puede quedar sin explicación, se quiso ver en el fondo del asunto y hasta se pretendió que el matrimonio entre los jóvenes había sido de absoluta necesidad; pero los hechos desmintieron tal maledicencia. Adelaida tardó en parir un año justo.

El arrabal se incomodó; no podía admitir que se le engañase, después de haber creído penetrar el secreto; así es que todas las comadres se pusieron á espiar á los Rougon. No tardaron en encontrar ancho campo á sus murmuraciones

Rougon murió casi de repente, quince meses después de su matrimonio, de una insolación que tomó una tarde escarbando un campo de zanahorias.

Antes de un año la viuda dió un gran escándalo. Súpose de cierto que tenía un amante; no hacía nada por ocultarlo; muchos aseguraban haberle oído tutear en público al sucesor del pobre Rougon. ¡Tener un amante antes de cumplir el año de viudez! Semejante olvido de las conveniencias sociales era monstruoso; y lo que más hizo estallar el escándalo fué la extraña elección de Adelaida.

Vivía entonces en el fondo del callejón de Saint-Mittre, en una choza que daba por la parte de atrás al terreno de los Fouque, un hombre de mala fama á quien se designaba comúnmente de este modo: «¡Ese pillo de Macquart!» Aquel hombre desaparecía durante semanas enteras, veía-se después reaparecer cualquier noche con las manos vacías y en los bolsillos, silbando y paseando como si tal cosa. Las mujeres, que le veían pasar, sentadas en los umbrales de sus casas, decían: «¡Calla! ¡Ya está ahí ese bribón de Macquart! Habrá escondido el fardo y la escopeta en algún barranco del Viorne.» La verdad era que Macquart no tenía rentas, y que comía y bebía como un desocupado feliz durante las cortas estancias en la ciudad; bebía, sobre todo, con loca terquedad; solo en una taberna, escondido allá en el fondo, aislábase todas las noches con los ojos estúpidamente fijos en su vaso, sin oír nada ni mirar en torno suyo. Cuando el tabernero cerraba la puerta, Macquart salía con paso firme, alta la cabeza, como erguido por la borrachera. «Macquart anda muy tieso: está borracho perdido», decían los del arrabal al verle retirarse; porque cuando no estaba ebrio, andaba ligera-